

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

18-06

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

Segundo tramo narrativo-2-2

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 06-04-2010, 02-06-2012, 16/01/2026 y
07/10/2026

Número de páginas: 5

I S R N 078-84-690-5850-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

Arriendas, 30.XII.1971

Es un día de lluvia, muy asturiano, y los amigos de por aquí están en su trabajo. Sigo sin ser doctor aún; un parto perfecto, puesto que ya hace nueve meses que presenté en la secretaría de la Facultad las cinco copias mecanografiadas de la tesis. Cuando llegue a Madrid, presentaré papeles para la Autónoma y hablaré con el Decano de la Central para ver qué es lo que puedo hacer en España de mi especialidad. Nada más leer la tesis, escribiré a Hide. Mañana viene un obispo de China, asturiano amigo de Tío Pepito, dominico, que está ahora en Manila en la Universidad de Santo Tomás; aunque no me gustaría llegar a Oriente de la mano de los curas, veré qué pasa.

El mes de julio de este año, escrita y presentada “La isla”, lo pasé en Ibiza y Formentera. Hice el viaje en auto-stop desde Madrid a Alicante. Fue divertida la noche en Ocaña; en el bar de la casa donde iba a dormir conecté con algunos del pueblo y fuimos a Aranjuez, carretera atrás, a un bar americano; bebimos, cantamos, etc., y allí había una chica, Lola, que conocía a Mauro Armiño de Madrid; era una galleguita que hacía la carrera de prostituta según se veía claramente. Era guapa. Hasta Alicante llegué con un viajante de material de jardinería de una casa alemana (Wolf, o algo así, era la marca), exjesuita, simpático y abierto; estuvimos en un club por la noche y me dio su dirección en Madrid. Cada vez es más difícil mantener y ampliar amistades, pues no hay tiempo material para ello; en este campo voy con el viento que sopla.

El viaje en barco a Ibiza fue agradable. Iba conmigo en el barco un exinclusero que tenía una novia ibicenca, que le esperaba con una tía suya, gorda y empalagosa, en el puerto. Era un chico tranquilo y sonriente que había hecho la mili en la isla y que estaba siendo pescado descaradamente por aquellas dos mujeres; me lo encontré un par de veces más por la ciudad después, con su novia. Me ayudó a buscar alojamiento en Ibiza, en una pensión en la plaza Vara de Rey, me parece que se llamaba. Allí tuve de compañeros de habitación, primero, a un murciano labrador de paso para Mallorca, captado por el turismo – camarero, chico de club, etc. -, trabajador accidental y que había intentado ser novillero; como Pepe Romero, pero sin tanta afición. Luego, un tipo de unos treinta años, cargador de muelle, sin futuro –llevaba carrera de mendigo- y sin cerebro; quizá el personaje más doloroso de los que me topé en el año; conservaba, sin embargo, el rostro sonriente; su mundo llegaba por el norte a Huesca, donde había arreglado un tejado en una ocasión, pasaba por los puertos levantinos y alcanzaba, sin saber qué se le había perdido allí, a Ibiza.

La primera semana en Ibiza fue de toma de contacto; iba mucho a *Po-polls*, según me había indicado Carlos Torroba, y por los bares de aquellas calles. En el *Mono Desnudo* tomaba algo por las tardes y en *La Tierra*, el bar de ambiente más agradable, charlaba con la gente; allí conocí a una danesa, Rose, y a una alemana delgadita y nerviosa. Poco a poco las caras te eran familiares y no había problemas, nunca los hubo, de comunicación. Con Richard, un argentino que iba de turismo barato por Europa, iba algunas tardes a los bares de la “alta sociedad” ibicenca: *Tauro*, *A-II*, etc. Llenos de viejas señoras y maricas; Lola, la dueña de *Lola's*, la duquesa italiana, dueña de *A-II*,

Lola, la dueña de *Tauro*, o Conchita, bilbaína simpática que iba a montar una boutique de cerámica en la ciudad alta. En la *Ivan Spengler* saludé y charlé un rato con Alberto Porta, amigo de Diego Marón. Por las mañanas iba yo solo a la playa más cercana, entonces muy sucia y con poca gente, debajo de la ciudad alta. Allí me hice una piedra para colgar al cuello muy bonita, la pareja de la piedra negra que hice para Maribel años atrás en Málaga; las perdí en Arenas de San Pedro, en Ávila, en una de las excursiones del verano con las alumnas de Turismo, pero tengo una fotografía en la que se ven bien.

Fue una semana agradable, pero mi destino era Formentera, la verdadera isla soñada en “La isla”. Dejé la pensión de Ibiza y me fui a Formentera una mañana; en el barco me encontré con Ángel González, que iba a Formentera con una amiga, y charlamos un rato. Fue casualidad agradable. En la Sabina hice auto-stop hasta San Francisco y me alojé en la casa del conductor, que la acababa de abrir como casa de huéspedes. Era una habitación en la planta baja con dos camas, en una de las cuales dormía yo y en la otra, libre, dormiría varias noches Pierrot. El primer día alquilé una bicicleta en San Fernando, y con ella visité toda la mitad de la isla entre la Sabina y las playas que están junto a San Fernando. A Peter Newman lo conocí pronto, una tarde que unos hermanos ingleses llevaron al bar de San Francisco algo para fumar. Nos hicimos buenos amigos, alquiló otra bicicleta y juntos hicimos excursiones por la isla, escuchábamos música al atardecer en algún bar de San Francisco o en San Fernando – en el bar *Descanso* mucho, de unos americanos que conoce Moncho Dicenta, como luego me dijo -, conocimos algunas chicas, pedaleábamos casi todo el día por la isla, bebíamos y fumábamos. Él había estado en tratamiento por toxicómano bastante tiempo, y aquellos días recuperó mucho. Me contó historias de Hamburgo, de cuando él trabajaba y tenía muchos amigos, así como de sus viajes continuos por la “Europa cálida”. Todo el submundo de los drogadictos lo conocía bien. Fueron los días más perfectos de las vacaciones.

Al volver a Ibiza me alojé en la casa de Carlos Torroba, que había alquilado un chalet en Figueretas. Pierrot se fue en busca de algunos amigos alemanes que vivían en Ibiza, pero pasaban el día en la playa de Talamanca. Quería conseguir dinero y algo para viajar, y durante un par de días o tres lo perdí de vista. Otra vez los amigos de Ibiza, las noches por allí con Carlos Torroba, *Po-polls*, el *Drugstore* que acababa de abrir un italiano conocido, etc. Me encontré de nuevo con Pierrot con una botella de vodka y una trompa descomunal una noche, después de un viaje de LSD. Y a Ilía, vieja amiga de Madrid de la escuela de azafatas, en donde daba clases de francés y de alemán; pero estaba un poco rara, a pesar de que habíamos sido muy buenos amigos en Madrid. Me dijo que dejaba la Escuela y que iba a marcharse el curso siguiente a Granada; me presentó a muchos amigos y amigas de años anteriores, etc. Todo normal.

A finales de mes me dispuse a volver a Alicante y Peter Newman quiso venir conmigo para visitar a un amigo americano que estaba en la cárcel en Alicante. Vimos a algunos amigos suyos alemanes para que él consiguiera dinero para el viaje. La vuelta en el barco fue una auténtica aventura. Es una lástima que no tenga paciencia de novelista o al menos de narrador detallado. Fue la culminación de las vacaciones y donde pude captar de forma profunda el mundo de los toxicómanos.

Madrid, 6.III.1972, sigo en Santa María de la Cabeza

Estoy pasando uno de los momentos más críticos y difíciles de los últimos años; aún no ha salido la convocatoria definitiva de mi tesis cuando, dentro de dos meses, está a punto de hacer un año de su presentación. Don Santiago Montero, que era el presidente del tribunal, renunció tras varios intentos de convocarlo infructuosamente; había recibido una carta suya en la que me decía que contara con su máxima nota, pero ya no tiene validez; el nuevo presidente (del tribunal o comisión) de la tesis es don Vicente Rod-sado; por un lado, mejor. Hasta que no lea la tesis, y aquí está la clave de la situación, no voy a mover ningún hilo para conseguir el trabajo definitivo en la universidad o donde sea. Es, por tanto, problema personal, de cabeza; realmente válido porque, de verdad, no tengo ganas de hacer nada nuevo profesional mientras tenga encima esos 870 folios mecanografiados.

Sin embargo, he hecho algo sobre China; un artículo de unos veinte folios que tienen en *Sábado Gráfico* – intenté primero en *Triunfo*, pero no había lugar – y que me ha prometido Rodríguez Aragón que saldrían “cuanto antes”. Es una revisión de los personajes políticos clave de la China de Mao, su trayectoria en el Partido y en la revolución china, y su importancia en China después de 1949. Me gustaría hacer algunos trabajos de este tipo, y quizá lo haga en breve, pero hay que hacer muchas visitas, hablar con mucha gente, etc., que siempre es pesado.

Últimamente no he escrito casi nada de poesía, salvo finalizar un poema que tenía comenzado para Beatriz Purroy. Desde hace dos o tres días, pero sé que no es terminable por ahora, estoy con algo parecido a una obra de teatro, poética, ambiciosa, con una historia de amor, que se titularía algo así como “Farsa y tragedia del arbitrario gobierno en un país extranjero, con una historia de amor incluida”; pero es difícil combinar lo ridículo y grotesco con lo dramático. Leeré “La isla” pronto en un acto para empleados de banca; habrá canciones, quizá también Patxi Andión, y esto mío. Todo surgió por un nuevo amigo, Miguel Ángel García Juez. Y de chicas, estoy ahora algo ilusionado con Elena, aunque salgo a veces con Cristina Spengler, reporter gráfico y mujer interesantísima aunque algo rara de carácter; también con Marian Hierro, que es una cría bonita y con problemas psíquicos. Como siempre, aún libre.

Iluso: “Como siempre, aún libre”. En el inicio, el camino izquierdo del mándala es suave, más que ascenso parece leve declive del terreno, paseo apacible. Y poco a poco se va adentrando uno en el hondón de la noche. Espléndido descenso a tierra, si es que uno encuentra luego la salida, una nueva anábasis. Todo es emocionante, todo atractivo, a todo se lo recibe con los brazos abiertos, puertas y ventanas abiertas sobre el mar. La primavera de 1971 tiene coloreadas teselas de ese mosaico brillante pero aún de tonos oscuros, como fue ese tiempo. Un cambio de casa, a un ático soleado de una calle tranquila, y nuevas amistades, con perfil cada vez más dramático y residual, fueron imponiéndose en los avisos de manera progresiva. Y fueron conformando, las diferentes teselas, historias de transgresión, de búsqueda de caminos contrarios y, finalmente, de búsqueda sin más. En los *cuadernos negros* comenzaron a aparecer ilustraciones; tarjetones de invitación y tarjetas postales – la primera venida de Suecia –, fotos, recortes de prensa, dibujos. Al principio tímidamente, luego en

tromba. Cada vez más la Universidad y el mundo formal – hasta que llegó la sangre a la calle – desaparecía más de los *cuadernos negros*, y la cotidianidad más ruda se adueñaba de ellos, cada vez más fronteriza y nómada, en su perfil más primario de divagante e insegura. Siempre, eso sí, radicalmente en el sentido contrario, con voluntad – naïf y pop – de rebelión, de ruptura.

[Esto precisa un tercer tramo narrativo.](#)